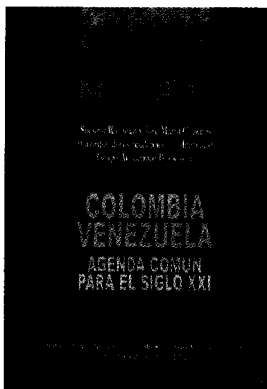


Colombia-Venezuela:
Agenda común para el siglo XXI
Socorro Ramírez y José María Cardenas.
UCEVEN-UNAL-SECAB-CAF-TM
Editores. 1999, Bogotá.



A lo largo de la historia y desde su nacimiento como naciones, las relaciones entre Colombia y Venezuela han compartido situaciones comunes, caracterizadas por su situación de vecindad. Después de la independencia, conformaron una sola nación entre 1810 y 1830. Hoy tienen una frontera viva de unos 2.000 kilómetros. Poseen unas raíces étnicas muy similares, una misma lengua, una tradición religiosa común y una cultura semejante. Sus economías son relativamente complementarias, convocando a un eventual proceso de integración. Por desgracia y a pesar de tan vistoso panorama, es necesario considerar las continuas recriminaciones entre los gobiernos de los dos países, las cuales han ido subiendo de tono en sus declaraciones a los medios e incentivando peligrosamente sus divergencias. Se han desarrollado sucesivas suspensiones de las reuniones entre presidentes, cancilleres, comisiones fronterizas y de funcionarios de diversos mecanismos institucionales que paradójicamente desde hace

una década se encontraban para el manejo de asuntos clave de la vecindad.

Esta mutua incompreensión y la falta de canales de comunicación a través de los cuales se puedan identificar tanto las divergencias y las posibles formas de manejo del desacuerdo, así como las convergencias y las vías para potenciarlas, sumadas a las opciones políticas opuestas de los dos gobiernos y a las muy importantes diferencias de estilo, han impedido sentar las bases de un entendimiento recíproco y durable, y ponen en riesgo los significativos avances logrados desde 1989 en el terreno de la integración económica, así como en la cooperación política y fronteriza.

La agudización de los desacuerdos depende, igualmente, de los muy disímiles estilos diplomáticos. Mientras Caracas acude a un estilo de denuncia y señalamiento público y a la omisión de los canales regulares de entendimiento, Bogotá continúa atada a las formas diplomáticas y se reduce a rechazar el estilo de su homóloga.

Ante esta situación, conviene recordar una de las conclusiones centrales del trabajo del Grupo Académico Binacional, presentado en la obra *Colombia Venezuela: Agenda común para el siglo XXI*, en el sentido de que son más los lazos que unen a los dos países que las cuestiones que los separan. En esta nueva coyuntura, es necesario poner a funcionar los canales de comunicación y de tramitación pacífica de los desacuerdos entre los gobiernos, e incrementar los lazos de muy diverso orden que articulen de manera durable a los países. Es el único modo de impedir un conflicto o de que la actual coyuntura crítica eche por la borda el entrecruzamiento de las

territorios

economías, los instrumentos diplomáticos estatales, los lazos culturales, etc., construidos en la última década para un manejo directo y global tanto de la compleja agenda bilateral como de una intensa relación de vecindad. Por eso son importantes iniciativas como la del Grupo Académico Colombia-Venezuela, la cual más que reaccionar constantemente ante los avatares políticos del día a día, eventualmente tomando partido ante las disputas intergubernamentales, ha optado por otra vía, sin ignorar el deterioro de la relación bilateral. Ante esta coyuntura crítica se han incrementado los esfuerzos mutuos para propiciar una mirada conjunta, binacional e integral de los problemas y asuntos en juego.

En el 2000, el Grupo Académico presentó los resultados de su trabajo con la participación de diversos sectores: periodistas, empresarios, funcionarios, estudiantes y público en general. En el 2001, ya no sólo trabajarán en red la Cátedra Colombia de la Universidad Central de Venezuela y la Cátedra Venezuela del IEPRI en la Universidad Nacional de Colombia, sino que se articularán a la tercera etapa del Grupo Académico programas ambientales, de comunicaciones y urbanismo de las dos universidades. Así, los académicos se suman a iniciativas ciudadanas dispuestas a reforzar los lazos de integración entre nuestros dos pueblos, más allá de las disputas intergubernamentales.

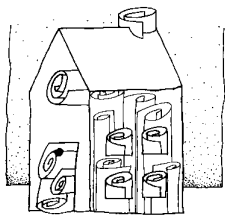
La confianza mutua entre las dos naciones es indispensable. No sólo porque Colombia y Venezuela están abocadas, por geografía, historia y cultura, a construir su futuro en estrecha cooperación, sino porque en esta

época de globalización y regionalización necesitan presentar un frente común en las negociaciones ante terceros. Unidos, los dos países presentan un potencial considerable, al constituir el motor indispensable de la Comunidad Andina y el puente entre la América del Sur y la del Norte.

En los últimos años se ha ido superando la actitud de la mayoría de los colombianos y venezolanos sobre el concepto de nación como un todo aislado, y se ha evolucionado hacia la aceptación de un concepto más amplio, que involucra el deseo de una convivencia más armónica. Se ha tomado conciencia sobre la realidad de que el futuro de ambos pueblos depende del desarrollo de una cultura de integración, la cual se logrará en la medida en que la mayoría esté profundamente convencida de la necesidad de la unión, de lograr una apertura de fronteras dentro de principios de amplitud y de un intercambio equitativo. Ambos países se encuentran en una fase de rápidas transformaciones económicas, que exigen modificar los conceptos tradicionales de las relaciones entre ellos, y en lugar de ser espectadores pasar a ser actores ante los grandes cambios que se suceden en la economía internacional.

Si no se fortalecen y multiplican los vínculos entre los dos países, las recurrentes y peligrosas tensiones diplomáticas entre los gobiernos no sólo se tornan más débiles, sino que se vuelven un obstáculo insalvable para cualquier proceso de integración latinoamericana en la perspectiva de las negociaciones del área de libre comercio de las Américas.

Ricardo Ramírez Suárez



territorios